

# **¿Vacío de poder o continuidad hegemónica? Estados Unidos, América Latina y el “factor chino” después de la guerra fría**

*José Luis León-Manríquez\**

## **Introducción**

Al hacer un balance de la segunda década del siglo XXI, pocos dudan que la relación entre Estados Unidos y la República Popular China tendrá un gran impacto en la configuración del orden mundial. A medida que China afiance su transformación en una potencia multidimensional dotada de influencia económica, política, militar e ideológica, es muy probable que las tensiones globales con Estados Unidos aumenten. En este escenario, se considera pertinente profundizar en el papel presente y futuro de América Latina en el gran mapa de la relación bilateral.

Aquí se postula que la gradual disminución de la presencia económica de Estados Unidos en América Latina —y en particular en América del Sur— se leería como una manifestación del desgaste hegemónico de Washington en el mundo. Aunado a lo anterior, pese a la creciente presencia china en América Latina y la histórica centralidad de ésta en la hegemonía de Estados Unidos, el peso específico de la región en los vínculos entre Pekín y Washington resulta más bien marginal, pues ni Estados Unidos ni China parecen dispuestos a envenenar sus relaciones por causa de América Latina. La realidad, sin embargo, es dinámica. En el mediano plazo, las preocupaciones sobre la incursión de China en América Latina y el aumento de las presiones de la línea dura estadounidense podrían transformar la región en un escenario de disputa geopolítica entre las dos grandes potencias.

La primera sección de este trabajo analiza brevemente la historia de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, que han seguido una compleja trayectoria de interés, coerción, consenso y descuido. La segunda parte se aboca al estudio de las relaciones bilaterales desde los años noventa, cuando Estados Unidos juzgó que la promoción del pluralismo político y el impulso del libre mercado eran las mejores políticas hacia una América Latina en transformación y los temas de seguridad, centrales en la guerra fría, pasaron a un discreto segundo plano. El tercer apartado consigna las transformaciones políticas y económicas de América Latina en los primeros años del siglo XXI y la consiguiente parálisis de Estados Unidos para entender dichos cambios. El cuarto apartado sumariza los contornos de la dinámica relación comercial de América Latina con China, actor emergente en

\* Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, <joseluisleonm@hotmail.com>.

la región. El trabajo cierra con un examen de las respuestas de Estados Unidos ante la presencia china en el hemisferio occidental, que fluctúan entre una vigilante tolerancia y un llamado a contener la expansión de China en el hemisferio occidental, aunque la primera ha tendido a prevalecer en la política hemisférica de Washington.

### **De la Doctrina Monroe al fin de la bipolaridad. Una larga historia de interés, negligencia, consenso y coerción**

Desde una perspectiva histórica, las relaciones Estados Unidos-América Latina se han caracterizado por tres principales tendencias. En primer término, la hegemonía estadounidense sobre la región —en especial en México, Centroamérica y el Caribe— ha sido una realidad recurrente. En segundo lugar, estas relaciones han estado sujetas a diversos ciclos de interés y desdén de Estados Unidos hacia América. En tercer término, largos periodos de hegemonía coercitiva se han alternado con ocasionales momentos de buena voluntad y consenso (Booth, 1995).

Después de independizarse de Inglaterra en 1776, Estados Unidos rápidamente estructuró un proyecto para convertirse en potencia regional y mundial. La política exterior estadounidense fue tempranamente orientada por la Doctrina Monroe, propuesta el 2 de diciembre de 1823, la cual establecía que todos los esfuerzos de países europeos de intervenir en los Estados americanos recién independizados serían vistos como actos de agresión contra Estados Unidos. Tras un cuarto de siglo y una guerra de despojo contra México, Estados Unidos completó, en 1848, su expansión territorial al océano Pacífico. Desde entonces, ese país ha realizado cientos de intervenciones diplomáticas, económicas y militares en diferentes países de América Central y el Caribe, como Cuba, Haití, Honduras, Nicaragua y México (Selser, 2001). Esta lógica de intervencionismo se redujo parcialmente durante la larga administración de Franklin D. Roosevelt (1933-1945), quien instrumentó la política del “buen vecino” hacia América Latina.

Durante la guerra fría (1945-1990), América Latina se convirtió en uno de los teatros para contención global de la Unión Soviética. Casi cualquier movimiento político que defendía una agenda progresista fue falsamente concebido como una fuerza prosoviética y, en consecuencia, como una amenaza a la seguridad nacional estadounidense. En 1954, la intervención de Washington a través de sus agencias de inteligencia fue clave para el derrocamiento del gobierno progresista de Jacobo Arbenz en Guatemala. Estados Unidos también trató, infructuosamente, de evitar la Revolución cubana de 1959, amén de invadir con éxito la República Dominicana en 1966. Como un medio para evitar nuevas revoluciones de izquierda que emularan el ejemplo cubano, en 1961, el presidente John F. Kennedy (1961-1963) lanzó la Alianza para el Progreso, destinada a mejorar las condiciones sociales y económicas en América Latina, mediante préstamos y donaciones por parte de Estados Unidos. A pesar de haber canalizado a la región 22 300 millones de dólares, hacia finales de los sesenta era claro que la Alianza virtualmente había colapsado (Smith, 1991: 72).

La década de los setenta atestiguó un nuevo ciclo de presencia coercitiva de Estados Unidos en América Latina, expresado en el apoyo de Washington a regímenes militares y anticomunistas en América Central y del Sur. En 1979, la Revolución sandinista triunfó en Nicaragua, hecho que constituyó un nuevo reto para Estados Unidos. Inicialmente, el presidente James Carter (1977-1981) mostró una posición pragmática frente al sandinismo, pero su sucesor, Ronald Reagan (1981-1989), fue mucho más agresivo. La administración de Reagan instrumentó un asedio constante al nuevo gobierno nicaragüense, proveyendo al mismo tiempo apoyo económico y militar a los gobiernos aliados de El Salvador, Guatemala y Honduras. Estados Unidos se convirtió en el principal donante de asistencia económica y militar a América Central, como parte de la estrategia de contención en contra de lo que percibía como una amenaza comunista en la cuenca del Caribe.

El balance de esta política es tan contradictorio como sangriento. Estados Unidos logró contener, finalmente, revertir el *momentum* de la Revolución sandinista y evitar los que parecían inminentes triunfos de las guerrillas de izquierda en El Salvador y Guatemala. Aunque Washington evitó inmiscuirse con tropas como lo había hecho en Vietnam en las dos décadas anteriores, su “guerra de baja intensidad” contra Nicaragua y el apoyo a las fuerzas contrainsurgentes en el resto de Centroamérica contribuyeron a generar un saldo de cientos de miles de muertos (Pastor, 2011). Con justa razón, a mediados de los ochenta, el académico Abraham F. Lowenthal (1987: 155) señalaba que, más que expresar una preocupación por la “seguridad nacional” de Estados Unidos, estas estrategias en realidad reflejaban la “inseguridad nacional” de ese país.

La intervención en Centroamérica disminuyó gradualmente en los noventa. Esta tendencia se facilitó por el fin de la guerra fría, la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y la derrota del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en las elecciones nicaragüenses de 1990. Estos hechos sucedieron a la par de iniciativas de paz impulsadas por diversos países latinoamericanos, vía el Grupo Contadora (establecido en 1983) y las naciones centroamericanas, a través del Proceso de Esquipulas (iniciado en 1986). Estas iniciativas marcaron el rumbo para negociaciones de paz, la integración de los grupos guerrilleros a la vida civil en El Salvador y Guatemala, y el desmantelamiento de las fuerzas contrarrevolucionarias (*contras*) en Nicaragua.

Otra variable que explica la pacificación de América Central en los noventa es el cambio de gobierno en Estados Unidos. A pesar de la invasión estadounidense a Panamá, en diciembre de 1989, la política latinoamericana del presidente George H. Bush (1989-1993) se caracterizó por su marcado pragmatismo, en comparación con el enfoque ideológico de su predecesor, Ronald Reagan. Tomando en cuenta las aceleradas transformaciones del sistema internacional a inicios de los noventa, la administración de Bush buscó evitar nuevos problemas en América Latina, al tiempo que encauzaba sus esfuerzos a las áreas prioritarias para la política exterior de Estados Unidos. La atención de Washington se centró en vigilar de cerca el colapso de la URSS y su área de influencia en Europa del Este, así como en reafirmar su presencia en Medio Oriente a través de la guerra del golfo Pérsico en Irak (1990-1991).

Tras la desaparición de la “amenaza soviética” en su área de influencia latinoamericana, Washington planteó un enfoque mucho más pragmático que le permitió negociar con las fuerzas centroamericanas de izquierda, en vez de procurar su aniquilación. Sin duda alguna, esta actitud favoreció las negociaciones de los gobiernos de El Salvador y Guatemala con el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG), respectivamente. A través del tiempo, estas fuerzas políticas han entrado en la competencia democrática. De hecho, versiones *light* de aquellos movimientos han ganado elecciones presidenciales en América Central. En 2007, Álvaro Colom obtuvo la presidencia guatemalteca con el apoyo de una coalición heterogénea que incluía exmiembros de la URNG; en las elecciones presidenciales salvadoreñas de 2009, el candidato del FMLN, Mauricio Funes, resultó triunfador. Incluso los sandinistas nicaragüenses, que habían sido el centro de las aprehensiones estadounidenses en la década de los ochenta, regresaron al poder en 2007.

### **Los años noventa: Estados Unidos y América Latina en los tiempos de la “unipolaridad” y el libre comercio**

Con la pacificación de Centroamérica al alcance, el énfasis de la política estadounidense hacia América Latina cambió, en los años noventa, de la geopolítica a la geoeconomía. Los temas de comercio e inversión comenzaron a predominar sobre los asuntos políticos y militares que habían sido la base de la acción hemisférica de Washington. La nueva política de Estados Unidos se reflejó principalmente, pero no sólo en la Iniciativa para las Américas (Enterprise for the Americas Initiative, EAI), anunciada por el presidente George H. Bush el 27 de junio de 1990.

Los tres pilares estratégicos de la EAI fueron la propuesta para negociar una gran zona de libre comercio entre Estados Unidos y los países latinoamericanos; un programa de préstamos y un fondo de inversión de 1.5 mil millones de dólares que administraría el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), y un programa de alivio a la deuda externa contraída con fuentes oficiales estadounidenses, con pagos de interés de la deuda para ser rembolsados en monedas locales. El último objetivo de esta propuesta era crear un área de libre comercio desde Anchorage hasta la Tierra del Fuego, con la clara intención de dar prioridad al comercio en lugar de la asistencia económica (The Development Gap, 1992). *Trade, not aid*, solían repetir en verso los diplomáticos estadounidenses para capturar el espíritu de la nueva estrategia.

En suma, la política de Estados Unidos para conducir sus relaciones con América Latina en los noventa fue la defensa de la democracia, la libre empresa y los acuerdos de libre comercio (ALC). La idea central de la estrategia estadounidense era que los mecanismos de mercado serían baluartes para la renovación de las economías y sociedades latinoamericanas, dañadas hasta entonces por el estatismo, la inflación, el endeudamiento y el proteccionismo. Esta idea-fuerza se conoció ex post como Consenso de Washington (Williamson, ed., 1990).

Sin temor a exagerar, se diría que este corpus ideológico, basado en la simplicidad de las ideas económicas liberales, se convirtió también en el principal instrumento para modular la América Latina de los años noventa. Probablemente, la manifestación más clara del Consenso de Washington y de la preferencia normativa por el libre mercado fue la creación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), en 1994. Después de este profundo cambio, Washington esperaba que el resto de América Latina siguiera el ejemplo de México, uniéndose al libre comercio continental promovido por Estados Unidos. El TLCAN incluía ciertas cláusulas que, se pensaba, se replicarían para que otros países se subieran al carro librecambista de América del Norte.

Un consenso adicional, compartido en Estados Unidos y en casi todos los países de América Latina, tenía que ver con la interpretación de la correlación internacional de poder. La idea prevaleciente era que, después del fin del conflicto bipolar, el mundo que emergía de la guerra fría era, en lo esencial, unipolar. Con la posible excepción de Brasil y la obligada excepción de Cuba, los países latinoamericanos tendieron a asumir que ninguna otra potencia (regional o mundial) tenía la fortaleza económica, política, diplomática o militar para ser un contrapeso real frente a Estados Unidos. Correcto o no, este diagnóstico se reflejó concretamente en la diplomacia de la mayoría de los gobiernos en América Latina.

Por ejemplo, México aplicó un viraje radical de su tradicional desconfianza hacia Estados Unidos, y en 1990 comenzó a expresar una actitud cooperativa que se identificó como el “espíritu de Houston”. En una explícita formulación de su consentimiento a la hegemonía de Washington, en 1991, en el marco de una reunión de alto nivel del BID, el canciller argentino, Guido di Tella declaró que su país no deseaba relaciones platónicas, sino “relaciones carnales y abyectas” con Estados Unidos.<sup>1</sup> La visión de un dominio incuestionable de ese país sobre América Latina también apareció en las actitudes de potencias extrarregionales: tras el colapso de la URSS, la Unión Europea, Japón y China permanecieron al margen de América Latina o se acercaron con extrema precaución a esta zona. En palabras de Peter H. Smith (1996: 34), en los noventa, Estados Unidos logró estructurar una “hegemonía por *default*” en América Latina.

En tal contexto, Washington apoyó fuertemente la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), dirigida a reunir a todas las economías de América en una sola iniciativa de integración regional. En la Primera Cumbre de las Américas, realizada en diciembre de 1994 en Miami, los jefes de Estado y gobierno de los 34 países participantes acordaron alcanzar progresos sustanciales rumbo al ALCA hacia 2000 y finalizar las negociaciones correspondientes en 2005. Éstas se iniciaron en abril de 1998, durante la Segunda Cumbre de las Américas en Santiago de Chile. Después de varias reuniones presidenciales y encuentros ministeriales, el ALCA abortó en 2006, en el marco de la Cuarta Cumbre de las Américas, que tuvo lugar en Mar del Plata, Argentina. La iniciativa de Estados

<sup>1</sup> Para un análisis más detallado de la política exterior de Argentina durante la administración de Carlos S. Menem, véase Barcelona (1992).

Unidos se hundió en medio de fuertes críticas por parte de los líderes latinoamericanos más radicales. El único defensor del proyecto fue el entonces presidente mexicano Vicente Fox (2000-2006).

### **Hacia la izquierda y rumbo al Oriente. Estados Unidos ante la nueva configuración política y económica en América Latina**

¿Qué razones explican el fracaso estadounidense para profundizar el Consenso de Washington y avanzar hacia una integración comercial hemisférica? Antes que nada, el surgimiento, en la década del 2000, de una ola de gobiernos de izquierda. La ideología y práctica política de estos gobiernos, que se han multiplicado sobre todo en América del Sur, fluctúan entre la socialdemocracia y el populismo, pasando por el nacionalismo. Mientras gobiernos como Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela han ejercitado una retórica antimperialista y han recurrido a distintos grados de estatismo, otros como Brasil y Chile han combinado políticas distributivas, con esquemas que no afectan sustancialmente la actividad de las empresas privadas. Ya sea en sus versiones *espresso* o *descafeinada*, la izquierda comenzó a ganar sucesivas elecciones presidenciales y parlamentarias en la región. Más allá de sus prácticas políticas y de sus divergentes grados de respeto por la democracia representativa, esta “nueva izquierda” latinoamericana comparte como característica un distanciamiento del credo neoliberal que defendían los gobiernos de centro y derecha electos durante los años noventa.

El escepticismo frente a las políticas económicas ortodoxas y los ALC se ha reforzado por el crecimiento económico de América Latina desde principios de la década del 2000 (el cual se ilustra en la gráfica 1). Después de veinte años de débil desempeño económico, América Latina ha experimentado un repunte económico en el siglo XXI. Si bien el crecimiento fue menor que en los años setenta, países como Argentina, Brasil, Perú y Venezuela vivieron al menos un lustro de crecimiento sostenido, y la región experimentó una rápida recuperación de la Gran Recesión (2008-2010). Preocupados por los efectos negativos de las crisis de los ochenta y noventa, los distintos gobiernos mejoraron las políticas sociales y corrigieron los excesos del Consenso de Washington; así, la proporción de personas en situación de pobreza e indigencia en la región pasó del 48.4 por ciento en 1990 al 43.9 en 2002 y al 28.8 por ciento en 2012 (CEPAL, 2013b: 19). El crecimiento económico fue impulsado, en gran medida, por la voraz demanda china de materias primas. Más allá de las causas, el renovado crecimiento económico ubicó de nuevo a la región en el mapa de la economía y la política mundiales.

En la esfera política ocurrió otro significativo suceso: el mundo unipolar de los noventa parecía reafirmarse después del 11 de septiembre de 2001; sin embargo, las intervenciones de Estados Unidos en Afganistán (2001) e Irak (2003) comenzaron a poner en tela de juicio la hegemonía estadounidense y complicaron las relaciones de Washington con actores clave del sistema internacional, como la Unión Europea,

GRÁFICA 1  
 AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: CRECIMIENTO DEL PIB, 1971-2012  
 (EN PORCENTAJE, A PRECIOS CONSTANTES DE 2005)



FUENTE: United Nations Statistics (Unstats), 2013.

China y Rusia. Como ya se señaló, en la esfera regional, el ALCA se bloqueó en buena medida por la discreta diplomacia brasileña y la abierta resistencia de los gobiernos de izquierda radical como Venezuela. Estados Unidos y Brasil, dos actores clave en el ALCA, mantenían diferentes perspectivas en los objetivos, modalidades y dinámica de la integración hemisférica. En otros frentes, Brasil también obstaculizó el acuerdo global de comercio patrocinado por Estados Unidos dentro de la Organización Mundial de Comercio (OMC) y criticó el uso de establecimientos militares colombianos por tropas estadounidenses (Lyons y Meckler, 2011).

En vez de dar la bienvenida al libre comercio continental, Brasilia se preocupó más por reafirmar su liderazgo sobre América del Sur, específicamente en el Mercado Común del Sur (Mercosur). En un despliegue de franqueza durante la Tercera Cumbre de las Américas, celebrada en Quebec, Canadá, en 2001, el entonces presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso estableció: “para Brasil, el ALCA es una opción, mientras que el Mercosur es nuestro destino” (*La Jornada*, 2001, p. 24). En consonancia con estas palabras, los países del Cono Sur parecen estar alejándose rápidamente de la influencia política y económica de Estados Unidos. Aun cuando esta nación concentró entre el 22 y el 24 por ciento de los flujos de inversión extranjera directa (IED) a América Latina entre 2007 y 2012, países como Holanda, Canadá y China han aumentado su participación relativa (CEPAL, 2013a: 35). Esto ha generado gran interés en los países sudamericanos, que ven en estos flujos de capital un medio para diversificar sus relaciones económicas exteriores.

A primera vista, las relaciones comerciales entre Estados Unidos y América Latina parecen más fuertes que nunca. Tal y como lo muestra el cuadro 1, las exportaciones estadounidenses a la región se multiplicaron 7.5 veces, pasando de

52 367 millones de dólares en 1990, a 395 229 en 2012. En términos relativos, América Latina también ganó relevancia para el comercio exterior de Estados Unidos. En 1990, la región absorbía el 13.3 por ciento de las exportaciones estadounidenses; en 2012, el porcentaje se había incrementado al 25.6 por ciento (CEPAL, 2013a). Una mirada más cercana muestra, sin embargo, una realidad menos idílica para Estados Unidos: en realidad, una parte sustancial del aumento en el comercio exterior estadounidense se explica a partir de las transacciones con Centroamérica y México. Este último país representó en 2012 casi el 55 por ciento de las importaciones latinoamericanas desde Estados Unidos (CEPAL, 2013c).

Por otra parte, aun cuando Estados Unidos sigue siendo el mayor socio comercial en las importaciones de la mayoría de países de América Latina, en términos de exportaciones figura en el segundo lugar para Brasil, Chile y Perú; en tercer lugar, para Argentina; en cuarto para Bolivia, en séptimo para Uruguay, y en undécimo para Paraguay (CEPAL, 2011c: 21). En otras palabras, la presencia económica de Estados Unidos en América Latina parece seguir un patrón de círculos concéntricos en el que la influencia estadounidense sobre sus socios latinoamericanos es directamente proporcional a la contigüidad geográfica.

En ese sentido, la presencia económica de Estados Unidos en México, América Central y el Caribe resulta menos cuestionada. Las relaciones de comercio e inversión con esta zona han sido importantes por tradición. Tanto en términos de exportaciones, como de importaciones, Estados Unidos es el principal socio comercial de México, América Central, Colombia, Ecuador y —a pesar del discurso antimperialista de los gobiernos de Hugo Chávez y Nicolás Maduro— Venezuela. Aunque el comercio de estos países con Estados Unidos ha ido disminuyendo en términos relativos, aún fluctúa entre el 30 por ciento y el 80 por ciento del total (CEPAL, 2011c: 14 y 21). La tendencia hacia la regionalización en esta área ha tenido lugar no sólo en términos de comercio e inversión, sino también en fenómenos como la migración y el tráfico de drogas, que desde hace tiempo son centrales en la agenda de las relaciones estadounidenses-latinoamericanas.

CUADRO 1  
ESTADOS UNIDOS. EXPORTACIONES POR REGIÓN DEL MUNDO.  
AÑOS SELECCIONADOS, 1990-2012 (MILLONES DE DÓLARES)

<i>Región/año</i>	1990	1995	2000	2010	2011	2012
América Latina	52 367	94 435	168 869	296 081	361 021	395 229
Unión Europea	104 606	126 242	168 442	240 234	269 137	265 743
Asia-12	114 566	186 605	209 634	334 904	378 577	389 491
Resto del mundo	121 326	175 682	233 386	405 891	470 996	495 103
<b>Total</b>	<b>392 866</b>	<b>582 965</b>	<b>780 332</b>	<b>1 277 109</b>	<b>1 479 730</b>	<b>1 545 565</b>

FUENTE: CEPAL (2013c).



Dado el fracaso del ALCA, la estrategia de Estados Unidos ha sido buscar acuerdos bilaterales en su zona de confort. Como resultado de este enfoque minimalista (como se observa en el cuadro 2), Estados Unidos ha signado acuerdos con México (1994), Chile (2004), Centroamérica y República Dominicana (CAFTA DR, 2006-2009), Perú (2009), Colombia (2012) y Panamá (2012) (OEA, 2013). Cabe observar que la mayoría de estos pactos comerciales se concretaron desde mediados de la década del 2000, una vez que resultó claro que el ALCA resultaba una apuesta muy arriesgada. Salvo el TLC con Chile, el resto se negoció con economías que se adscriben a la órbita de influencia comercial estadounidense, como México, Centroamérica, el Caribe y los países andinos.

CUADRO 2  
ACUERDOS DE LIBRE COMERCIO DE ESTADOS UNIDOS  
CON AMÉRICA LATINA (1994-2012)

<i>País(es) socio(s)</i>	<i>Fecha de suscripción</i>	<i>Entrada en vigor</i>
Panamá	28 de junio de 2007	31 de octubre de 2012
Colombia	22 de noviembre de 2006	15 de mayo de 2012
Perú	12 de abril de 2006	1° de febrero de 2009
Centroamérica y República Dominicana (CAFTA-DR)	5 de agosto de 2004	1° de marzo de 2006- 1° de enero de 2009
Chile	6 de junio de 2003	1° de enero de 2004
Canadá y México (TLCAN)	17 de diciembre de 1992	1° de enero de 1994

FUENTE: OEA (2013), en <[http://www.sice.oas.org/ctyindex/USA/USAagreements\\_s.asp](http://www.sice.oas.org/ctyindex/USA/USAagreements_s.asp)>.

Más que una estrategia de largo alcance, los ALC parecen ser una táctica estadounidense para “salvar el rostro” de sus políticas librecambistas; sin embargo, Washington parece haberse quedado sin una política medianamente coherente para los países latinoamericanos que no están incluidos en la red del comercio bilateral estadounidense. Después del 11 de septiembre, el desinterés político de Estados Unidos por América Latina se incrementó, en tanto que la prioridad de la política exterior de Washington se enfocaba en Medio Oriente. A partir de la segunda administración de Obama, Estados Unidos ha intentado reforzar también su presencia en Asia Pacífico. Es evidente que América Latina permanece en un segundo plano de las prioridades estadounidenses.

Este vacío de poder ha facilitado la emergencia de China como un fuerte actor —sobre todo en la esfera económica— en Latinoamérica. ¿Qué tan importante es esta tendencia en el contexto de las relaciones bilaterales sino-estadounidenses? ¿Cuál ha sido la posición de las administraciones de Bush Jr. y Obama acerca de este asunto? ¿Dichas políticas implican continuidad o cambio respecto de las

pasadas administraciones? Éstas y otras cuestiones serán tratadas en los siguientes apartados de este artículo.

## **Naturaleza y proyecciones de la presencia de China en América Latina**

Grandes cantidades de papel y tinta se han dedicado a explicar la creciente presencia china en el hemisferio occidental. Más allá de las diversas posturas ideológicas, pareciera que existe un consenso en señalar que el renovado interés de China por la región se explica —en orden descendente de importancia— por las siguientes causas: la búsqueda de productos alimentarios y recursos naturales, el deseo de aislar aún más a Taiwán dentro de la comunidad internacional, la insistencia en que la cooperación china con algunos de los países de la región constituye una prueba del compromiso de Pekín con el mundo en desarrollo y la posible construcción de alianzas políticas en el marco del tránsito hacia un mundo multipolar.

En los primeros años del tercer milenio, la relación sino-latinoamericana ha despertado de un largo periodo de latencia. Los lazos entre ambos lados del océano Pacífico se remontan a cinco siglos, aunque se han estrechado de forma intermitente. A lo largo de la época colonial española, en América Latina existió una relación comercial continua entre el virreinato de la Nueva España (1521-1821) y Asia. En la segunda mitad del siglo XIX, se registraron migraciones masivas chinas a Estados Unidos, Perú, Cuba y México (Spate, 1979; Haro, León y Ramírez, eds. 2011).

En 1949, como resultado de una larga guerra civil, China se dividió en dos Estados: la República Popular China en China continental y la República de China en Taiwán. Ambos se consideran el gobierno legítimo de toda China. En los años cincuenta y sesenta, Taiwán recibió el apoyo de Estados Unidos y propició su reconocimiento diplomático por la mayor parte de los Estados latinoamericanos. Hasta la fecha, los vínculos de Taiwán con Centroamérica y el Caribe representan el núcleo de sus relaciones diplomáticas con la comunidad internacional (Haro, 2011: 205). En tanto, la “China roja” era vista principalmente como una fuerza disruptiva en la región y sólo era reconocida por Cuba (Johnson, 1970; Jackson, 1995: 388-422).

La política exterior de la República Popular China emprendió un giro gradual en los años setenta, tras ser aceptada como única representante de China en los organismos internacionales. El acercamiento de ésta con Estados Unidos hizo más fácil para países latinoamericanos como Chile, Brasil y México abrir embajadas en Pekín y romper relaciones con Taipei. Tras el fin de la guerra fría, las relaciones de la República Popular China con América Latina se han intensificado, sobre todo en los asuntos económicos. Las reformas iniciadas por el líder de la República Popular China entre 1978 y 1989, Deng Xiaoping, transformaron a este país de una sociedad con un fuerte componente agrario, en la segunda mayor economía del mundo. Como muchas otras regiones del planeta, América Latina ha sido impactada por el crecimiento chino, el cual ha traído consigo nuevas oportunidades y también riesgos potenciales.

En los últimos años, los países latinoamericanos han seguido dos trayectorias diferentes en sus relaciones comerciales con China (León-Manríquez, 2011a: 163-164). La primera es característica en algunos países de América del Sur y ha sido impulsada por la necesidad de China de obtener petróleo, minerales y alimentos suficientes para dar continuidad a su proyecto de crecimiento económico. Esta demanda —como ya se asentó— contribuyó a generar un auge en el precio de los productos básicos entre 2003 y 2008 (Coxhead y Jayasuriya, 2010). Desde la primera década del siglo xxi, muchos países sudamericanos intentaron reorientar sus relaciones comerciales para atender la pujante demanda china de materias primas. Así, productos como el cobre de Chile y Perú, el complejo soya (granos y aceite) de Argentina, el mineral de hierro de Brasil y el petróleo de Venezuela experimentaron auges paralelos.

A pesar del apogeo de las *commodities*, la relación comercial de los países de Sudamérica con China conlleva el riesgo de reprimarizar la estructura económica y caer de nuevo en la excesiva dependencia de las materias primas que ha pautado auges y crisis en América Latina. Tras la crisis global iniciada en 2008, países como Argentina y Chile ya empezaron a experimentar ciertos choques derivados del repentino descenso en el comercio de productos básicos (Ocampo, 2009).

La perspectiva de un crecimiento más lento de la economía china, sumada al hecho de que la República Popular China exporta productos de creciente densidad tecnológica, se convierte en un reto para sostener un superávit comercial con China. De hecho, en 2012, nueve de los doce miembros de la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) registraban un déficit comercial con China.

Una trayectoria diferente se plasma en el impacto económico de China en México y Centroamérica, cuyas manufacturas (sobre todo en las industrias maquiladoras) están en competencia directa con las exportaciones chinas. México, cuyas exportaciones se conforman en tres cuartas partes por manufacturas, se ha enfrentado a la creciente competencia de la República Popular China en el mercado estadounidense. Éste ha sido de vital importancia para México desde la firma del TLCAN y en la actualidad —como lo demuestra Federico Novelo en este mismo volumen—, recibe más del 80 por ciento de sus exportaciones; sin embargo, México ha ido perdiendo terreno frente a China, que en 2003 lo desplazó como el segundo proveedor más grande de Estados Unidos.

Más allá de la competencia por los mercados de exportación, la relación entre China y estos países latinoamericanos se complica por el creciente desequilibrio comercial entre las partes. En la actualidad, México y Centroamérica registran importantes déficit en cuenta corriente frente a China. En el caso de México, por cada dólar que este país exporta a China, importa 14.5; para Nicaragua, la ratio es 1-65 y para El Salvador 1-111, aunque con un volumen comercial muy inferior al de México (León-Manríquez, 2011a: 167-168).

Ya sea que exporten materias primas o manufacturas, casi todos los países de América Latina han sido impactados por el vigoroso ascenso de China en las dos primeras décadas del siglo xxi. Los casos más notables son Brasil y Chile, para los cuales la República Popular China ya es el principal socio en las exportaciones. En

2000 ya ocupaba los lugares doce y cinco, respectivamente. Aun cuando China no se convirtió en el principal socio para las exportaciones de todos los países latinoamericanos, sí se posicionó como el segundo para Venezuela y Costa Rica (sitios treinta y cinco y treinta, respectivamente, en 2000), en el sexto para Colombia (treinta y seis en 2000) y en el séptimo para México (diecinueve en el mismo año) (CEPAL, 2011b: 19).

En las importaciones, el “efecto chino” es aún más claro. El cuadro 3 revela que entre 1990 y 2012 las importaciones latinoamericanas desde China escalaron de 772 a 134 056 000 000 dólares por año, multiplicándose más de 173 veces. Como efecto de esta tendencia, prácticamente en todos los países de América Latina, la República Popular China ha pasado a ocupar los lugares primero, segundo o tercero en este rubro, aunque las exportaciones de Estados Unidos a la región casi triplicaron en 2012 a las de China. Entre 2006 y 2010, la tasa de crecimiento anual de las importaciones latinoamericanas desde China fue del 22.8 por ciento, mientras el aumento de las importaciones desde socios tradicionales de la región, como Estados Unidos y la Unión Europea, fue del 5.9 y del 9.2 por ciento, respectivamente (CEPAL, 2011a: 94).

El rápido aumento del comercio de América Latina con China genera un desequilibrio fundamental. Si bien es evidente que el crecimiento de China ha propiciado un rápido repunte en la demanda de productos básicos, América Latina es sólo una de varias fuentes que alimentan este crecimiento. Esta relación comercial devino crucial para América Latina, pero no tanto para la República Popular China. Esto es visible en la posición que ocupan los países latinoamericanos entre sus socios comerciales. Si bien las exportaciones de China a América Latina pasaron del 1.2 al 6.5 por ciento del total entre 1990 y 2012, también es cierto que la región aún ocupa un lugar modesto como mercado para esos productos. En 2012, Asia Pacífico absorbía el 39.1 por ciento de las exportaciones chinas; Estados Unidos, el 17.2 por ciento; la UE, el 16.3 por ciento y el resto del mundo, en el que se incluyen África, Medio Oriente y Asia Central, el 20.9 por ciento (CEPAL, 2013a). Esto demuestra que China realiza una estrategia de diversificación global y multidimensional que minimiza el riesgo y asegura el acceso a distintos mercados (Klare, 2012: 3).

CUADRO 3  
CHINA. EXPORTACIONES POR REGIÓN DEL MUNDO.  
AÑOS SELECCIONADOS, 1990-2012 (MILLONES DE DÓLARES)

<i>Región/año</i>	1990	1995	2000	2010	2011	2012
América Latina	772	3 122	7 082	90 977	120 759	134 056
Estados Unidos	5 175	24 729	52 156	283 780	325 011	352 438
Unión Europea	6 338	20 371	41 053	311 430	356 225	334 269
Asia-12	41 422	85 096	121 444	577 156	704 556	800 613
Resto del mundo	8 384	15 461	27 466	314 421	391 839	427 406
<b>Total</b>	<b>62 091</b>	<b>148 779</b>	<b>249 203</b>	<b>1 577 764</b>	<b>1 898 388</b>	<b>2 048 782</b>

FUENTE: CEPAL (2013a).

## ¿Desafío hegemónico? Las relaciones sino-estadunidenses y sus proyecciones en América Latina

La incursión de China en América Latina ha abierto paso a Pekín en una zona que históricamente ha sido objeto —como se discutió al inicio del presente texto— de los intereses geopolíticos estadunidenses. La estrategia de la República Popular China parece ser la de participar en la región sin que implique un franco desafío a la hegemonía estadunidense. Esta cautela se refleja en el *Libro blanco sobre América Latina*, publicado por el gobierno chino a finales de 2008 (Ministry of Foreign Affairs of the People's Republic of China, 2008). Aunque ha sido saludado en ambos lados del Pacífico como un parteaguas histórico en la relación, el texto es muy aséptico y no denota un claro deseo de Pekín por construir una contrahegemonía en América Latina. China no parece dispuesta a agregar una lucha por América Latina a la de por sí complicada agenda de su relación bilateral con Estados Unidos.

Quizá simétricamente con esta actitud china, la respuesta de Estados Unidos ante el protagonismo de la República Popular China en su “patio trasero” ha sido bastante relajada, en especial si se compara con la que mostró en anteriores incursiones de potencias extranjeras en América Latina. En la medida en que Estados Unidos dista de ser —como la mayoría de los países del mundo— un actor racional y unificado, las reacciones sobre el involucramiento de China en América Latina se han expresado en al menos dos posturas: la “línea blanda”, integrada por la Presidencia, el Departamento de Estado, legisladores y académicos liberales y de centro, y, como era esperable, la “línea dura”, que incluye ciertos sectores del Departamento de Defensa y del Congreso, académicos conservadores y algunos *think tanks* dedicados a encender focos de alarma en Washington.<sup>2</sup> Aquí postulo que, al final de cuentas, la primera posición es la que ha privado.

La “línea blanda” del Ejecutivo estadunidense se explica por la continuidad de la política abierta a negociación respecto de China, que ha sido una característica común a las políticas exteriores de William Clinton (1993-2001), George W. Bush (2001-2009) y Barack Obama (2009-2017). Como en el caso de la República Popular China, Estados Unidos no parece estar dispuesto a abrir nuevos frentes de batalla en la agenda bilateral con Pekín. Las declaraciones de funcionarios del Departamento de Estado en torno a la participación de China en América Latina suelen ser muy cuidadosas y ajenas a la retórica agresiva y anticomunista del pasado. Estos *soft-liners* argumentan que el interés de China en América Latina se basa en cuestiones económicas y niegan que las actividades chinas en el hemisferio estén dirigidas a socavar la hegemonía de Estados Unidos. Existe, sin embargo, una ligera preocupación de que Pekín se acerque demasiado a líderes de la izquierda radical como Raúl Castro, Evo Morales y Nicolás Maduro.

Por ejemplo, en 2011, el subsecretario de Estado de Barack Obama, William Burns (2011), señaló: “Dado el dinamismo económico en ambos lados del Pacífico, no es de extrañar que Asia y América Latina también hayan reconocido el potencial

<sup>2</sup> En este debate suscribo la línea de análisis planteada por Peter M. Lewis (2007).

mutuo. No debemos temer el interés económico de Asia en nuestro hemisferio, siempre y cuando las relaciones sean transparentes y se respeten las reglas”.

Sin embargo, las opiniones de línea dura impregnan otros flancos del sistema político estadounidense. De hecho, algunos pronunciamientos de legisladores y académicos beligerantes en torno a China evocan el discurso macartista de los años cincuenta. Por ejemplo, los representantes republicanos de California y Georgia, Dana Rohrabacher y Bob Barr, han pronosticado en audiencias del Congreso serios problemas para la seguridad nacional de Estados Unidos a causa de la administración del canal de Panamá por la empresa hongkonesa Hutchinson Whampoa. Los congresistas acusan a esa firma de ser muy cercana a China y a los militares de ese país (Sullivan y Villarreal, 2001: 12).

El 21 de julio de 2005, en un testimonio ante una comisión legislativa, Albert Santoli, director de la Asia-America Initiative, advirtió que China estaba instrumentando una “guerra irrestricta” contra Estados Unidos. Esta beligerancia incluiría —según Santoli— el fomento a la oposición a Washington en América Latina, el desarrollo de capacidades para una guerra cibernética y el control de puntos comerciales clave, como el canal de Panamá. Su propuesta para la acción de Washington fue tan sencilla como conocida: “Las autoridades estadounidenses deberían revisar a fondo de la Doctrina Monroe para ver cómo se puede aplicar a los actuales acontecimientos en la región” (Santoli, 2005).

Si bien este tipo de señalamientos destacan por su estridencia retórica, hasta el momento resultan minoritarios y no han provocado un endurecimiento sustancial en las posturas de las ramas Ejecutiva o Legislativa de cara a la presencia china en América Latina; sin embargo, y quizá para aplacar todos estos temores de la “línea dura”, el gobierno de George W. Bush decidió abordar las preocupaciones sobre América Latina con los altos niveles diplomáticos de China. En abril de 2006, Thomas Shannon, secretario de Estado adjunto para Asuntos del Hemisferio Occidental, realizó una visita a Pekín. Ésa fue la primera vez que un alto funcionario del Departamento de Estado viajó a la República Popular China con el único objetivo de sostener un diálogo sobre América Latina. Tras el viaje de Shannon, y durante la administración de Obama, ha habido otras rondas de diálogo entre China y Estados Unidos sobre asuntos latinoamericanos.

Desde la campaña presidencial de 2008, Barack Obama y sus asesores en política exterior han tratado de poner más atención —al menos en el plano retórico— en las relaciones sino-latinoamericanas. El 26 de septiembre de 2008, durante su primer debate con el candidato republicano John McCain, Obama abordó el tema en los siguientes términos: “Tenemos retos, por ejemplo, con China, a la que estamos pidiendo en préstamo miles de millones de dólares. Ellos poseen deuda nuestra con valor de un billón de dólares y están activos [...] en regiones como América Latina, Asia y África. La visibilidad de su presencia sólo se iguala a nuestra ausencia, porque nos hemos centrado en Irak” (Obama citado por Erikson, 2011: 119).

Sin embargo, en una visita a Pekín en 2010, el secretario de Estado adjunto para Asuntos del Hemisferio Occidental de Obama, Arturo Valenzuela, declaró:

Ciertamente China no es motivo de preocupación y, desde luego, no es una amenaza [...]. De hecho, vemos que China proporciona a América Latina muchas oportunidades para aumentar su economía, ofrecer mejores empleos y mejorar el nivel de vida [...]. Ambos [Estados Unidos y la República Popular China] nos beneficiamos de una América Latina estable y próspera que participa mucho más en el comercio mundial. En suma, ésta es una situación ganar-ganar para ambos países (People's Daily, 2010).

La ausencia de conflictos abiertos respecto de América Latina no significa que las relaciones entre China y Estados Unidos carezcan de problemas en otros ámbitos. Las áreas y grados de disenso en la compleja relación sino-estadunidense se agrupan en tres principales círculos concéntricos. La primera zona de disenso se relaciona con puntos de vista divergentes sobre entidades políticas que se hallan en el área de influencia de China (como Taiwán, Corea del Norte e Irán). Una segunda prioridad es la relación económica bilateral, que incluye el masivo déficit comercial de Estados Unidos frente a China, las presiones de Washington para la revaluación del yuan, el potencial conflicto por los recursos energéticos mundiales y el papel de ambas potencias en los procesos de integración económica en Asia Pacífico. La tercera categoría comprende un heterogéneo grupo de temas, como la preocupación por lo que Estados Unidos juzga como un veloz aumento del gasto militar chino, así como diversas cuestiones relacionadas con los derechos humanos.<sup>3</sup> América Latina sólo toca estos círculos de manera tangencial, sobre todo en los temas económicos.

Durante el gobierno de Obama (en particular desde 2011), cuando se proclamó la nueva “política del pivote asiático”, las relaciones con China se han tratado de ubicar en el centro de la política exterior de Estados Unidos (Clinton, 2011). De hecho, el tema se volvió uno de los más relevantes en la elección presidencial de 2012. En esa ocasión el golpeteo a China (*China bashing*) se convirtió en moneda corriente en las campañas políticas de ambos partidos. Mientras los republicanos como Donald Trump se quejaban de que la República Popular China estaba “violando” a Estados Unidos y el candidato presidencial Mitt Romney amenazaba con declarar a China como una “manipuladora de divisas” en su primer día de mandato, el gobierno demócrata de Obama presentaba una demanda contra Pekín ante la OMC por subsidios a la producción de automóviles (Burns, A., 2011; Harwood, 2012).

En resumen puede decirse que, frente al involucramiento de China en América Latina, en Estados Unidos han predominado las posturas cautelosas sobre los reflejos intervencionistas. La prudencia de la diplomacia china en la región y el desinterés de Estados Unidos por ésta han logrado evitar la histeria ideológica que las relaciones de la URSS con Cuba o Nicaragua provocaron en los altos círculos políticos de Washington en los años ochenta; no obstante el activismo de los grupos conservadores en Estados Unidos, tanto el Ejecutivo estadounidense como China han manejado la situación con un notable pragmatismo.

<sup>3</sup> Para profundizar en esta propuesta de análisis, véase José Luis León-Manríquez (2011).

## Conclusiones

La idea de que Estados Unidos se mantiene como actor hegemónico en América Latina tiene algo de cierto, pero también resulta una imagen inercial del pasado. Aun cuando, en los años inmediatamente posteriores al fin de la guerra fría, Estados Unidos parecía haber reafirmado su tradicional influencia en la región, esta aparente fuerza se ha difuminado en las décadas subsecuentes. A ello ha coadyuvado la política regional estadounidense, que desde los noventa se ha circunscrito sobre todo a los temas económicos; ha carecido de iniciativas político-diplomáticas coherentes y ha mostrado una visión poco clara de los cambios políticos y sociales acontecidos en la región en la primera y segunda décadas del siglo xxi.

A pesar de sus sedicentes buenas intenciones, la Iniciativa de las Américas, el ALCA, el Consenso de Washington, la defensa de la democracia y el apoyo a la lucha contra las drogas en países como Colombia y México han sido insuficientes, por sí mismos, para manejar con una visión de largo aliento las cada vez más complejas relaciones de Washington con América Latina. En estas circunstancias, la política de Estados Unidos hacia la región resulta una solución subóptima en términos de los propios intereses hegemónicos de Washington. Paradójicamente, esta pasividad ha abierto opciones de reinserción internacional para los países de América Latina que han buscado socios extrarregionales y han apostado por políticas económicas que no recitan el evangelio del Consenso de Washington.

El análisis de las tendencias económicas —y en particular del comercio— entre Estados Unidos y América Latina muestra dos procesos paralelos: por un lado, la continuidad de la primacía estadounidense en México, Centroamérica, el Caribe y la región andina; no es casual en absoluto que los países que integran esas regiones mantengan un robusto intercambio comercial con su socio del Norte. Por el otro, los países de América del Sur muestran una dinámica de diversificación comercial, en la que el aumento de los intercambios con Estados Unidos resulta menor que el incremento del comercio de esos países con regiones como Asia Pacífico, Europa o la propia Sudamérica. El resultado de este proceso es una diversificación de los socios comerciales de la subregión y un paulatino alejamiento sudamericano de la esfera comercial estadounidense. A querer o no, este proceso parece generar efectos pertinentes en el ámbito de la política internacional y contribuir a la gradual erosión de la primacía de Estados Unidos, incluso en su área natural de influencia.

El actor emergente en América Latina, pero especialmente en el sur de la región, es China. La película de una potencia extracontinental tratando de abrirse camino en América Latina ya se proyectó anteriormente, con actores como la Alemania nazi en los años treinta, la Unión Soviética en los sesenta y setenta, y Japón y Europa en los ochenta. Pero China tiene hoy una presencia económica en América y en el mundo abrumadoramente superior a la que, por ejemplo, la Unión Soviética pudo haber soñado. ¿Significa esto que una nueva bipolaridad se irá desarrollando en América Latina? En el espacio transcurrido en las primeras dos décadas del siglo xxi, Washington y Pekín han sido muy cautos y han evitado prácticas o discursos



de disputa hegemónica en la región, a la que asignan una escasa prioridad política y estratégica. En Estados Unidos ha prevalecido lo que en otros capítulos de este volumen se denomina “internacionalismo liberal”; esto, sumado a la interdependencia que genera la masiva posesión de China de bonos del Tesoro estadounidense y a la densa agenda bilateral entre ambos países, explicarían en gran medida la moderación de Washington. Que esto haya sido así hasta el momento, no significa que en el futuro no se presenten tensiones geopolíticas entre Estados Unidos y China en América Latina.

## Fuentes

BARCELONA, EDUARDO

1992 *Relaciones carnales*. Buenos Aires: Planeta.

BOOTH, JOHN A.

1995 “Central America and the United States: Cycles of Containment and Response”, en J.D. Martz, ed., *United States Policy in Latin America: A Decade of Crisis and Challenge, 1981-1991*. Lincoln: University of Nebraska Press.

BURNS, ALEXANDER

2011 “GOP Sees Red over China”, *Politico*, 24 de mayo, en <<http://www.politico.com/news/stories/0511/55559.html>>, consultada el 14 de julio de 2013.

BURNS, WILLIAM J.

2011 “Remarks at World Affairs Councils of America National Conference”. Washington, D.C.: Department of State, 4 de noviembre, en <<http://www.state.gov/s/d/2011/176667.htm>>, consultada el 2 de septiembre de 2013.

COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL)

2013a *La inversión extranjera directa en América Latina y el Caribe, 2012*. Santiago de Chile: CEPAL.

2013b *Panorama social de América Latina 2012*. Santiago de Chile: CEPAL, enero.

2013c *Sistema Interactivo Gráfico de Datos de Comercio Internacional (SIGCI)*, en <[http://www.cepal.org/comercio/serieCP/eclactrade/serie\\_spanish\\_102.html](http://www.cepal.org/comercio/serieCP/eclactrade/serie_spanish_102.html)>, consultada el 28 de octubre de 2013.

2011a *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe. La región en la década de las economías emergentes*. Santiago de Chile: CEPAL.

2011b *People's Republic of China and Latin America and the Caribbean. Ushering in a New Era in the Economic and Trade Relationship*. Santiago de Chile: CEPAL.

2011c *The United States and Latin America and the Caribbean. Highlights of Economics and Trade*. Santiago de Chile: CEPAL, marzo.

CLINTON, HILLARY

2011 “America’s Pacific Century,” *Foreign Policy* (noviembre), en <[http://www.foreignpolicy.com/articles/2011/10/11/americas\\_pacific\\_century](http://www.foreignpolicy.com/articles/2011/10/11/americas_pacific_century)>.

COXHEAD, IAN y SISIRA JAYASURIYA

2010 “China, India and the Commodity Boom: Economic and Environmental Implications for Low-income Countries”, *World Economy* 33, no. 4 (abril), 525-551.

ERIKSON, DANIEL P.

2011 “Conflicting US Perceptions of China’s Inroads in Latin America”, en Adrian H. Hearn y José Luis León-Manríquez, eds., *China Engages Latin America. Tracing the Trajectory*. Boulder: Lynne Rienner.

HARO NAVEJAS, FRANCISCO

2011 “China’s Relations with Central America and the Caribbean States: Reshaping the Region”, en Adrian H. Hearn y José Luis León-Manríquez, eds., *China Engages Latin America. Tracing the Trajectory*. Boulder: Lynne Rienner.

HARO NAVEJAS, FRANCISCO, JOSÉ LUIS LEÓN y JUAN JOSÉ RAMÍREZ, eds.

2011 *Historia de las relaciones internacionales de México, 1821-2010*, vol. 6, Asia. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, parte I, en <[http://www.sre.gob.mx/acervo/images/libros/RI/vol\\_6\\_asia.pdf](http://www.sre.gob.mx/acervo/images/libros/RI/vol_6_asia.pdf)>.

HARWOOD, JOHN

2012 “The Electoral Math of Romney’s Stance on Trade With China”, *The New York Times*, 23 de marzo, en <<http://www.nytimes.com/2012/03/23/us/politics/mitt-romneys-stance-on-china-trade.html?pagewanted=all>>, consultada el 12 de agosto de 2012.

JACKSON, STEVEN F.

1995 “China’s Third World Foreign Policy: The Case of Angola and Mozambique, 1961-1993”, *The China Quarterly*, no. 142 (julio): 388-422.

JOHNSON, CECIL

1970 *Communist China and Latin America, 1959-1967*. Nueva York: Columbia University Press.

KLARE, MICHAEL T.

2012 “China’s Imperial Predicament”, *Le Monde Diplomatique*, 3 de septiembre.

LA JORNADA

2001 “El libre comercio no será tema de la Cumbre de las Américas; Bush no logró el *fast track*”, *La Jornada*, 20 de abril, 24.

LEÓN-MANRÍQUEZ, JOSÉ LUIS

2011a “China’s Relations with Mexico and Chile: Boom for Whom?”, en Adrian H. Hearn y José Luis León-Manríquez, eds., *China Engages Latin America. Tracing the Trajectory*. Boulder: Lynne Rienner.

2011b “De la luna de miel a la cotidianidad. Las relaciones China-Estados Unidos en la administración Obama”, *Estudios de Asia y África* 46, no. 2 (mayo-agosto), 377-405.

LEWIS, PETER M.

2007 “La presencia de China en América Latina. Un tema controvertido”, *Estudios internacionales* 39, no. 156 (enero-marzo).

LOWENTHAL, ABRAHAM F.

1987 *Partners in Conflict. The United States and Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

LYONS, JOHN y LAURA MECKLER

2011 “China Shadow Follows Obama in Latin Trip”, *The Wall Street Journal*, sec. “Business”, 19 de marzo, en <<http://online.wsj.com/article/SB10001424052748703512404576208642116371086.html>>, consultada el 2 de abril de 2012.

MINISTRY OF FOREIGN AFFAIRS OF THE PEOPLE’S REPUBLIC OF CHINA

2008 *China’s Policy Paper on Latin America and the Caribbean*. Pekín: Ministry of Foreign Affairs of the People’s Republic of China.

OCAMPO, JOSÉ ANTONIO

2009 “Latin America and the Global Financial Crisis”, *Cambridge Journal of Economics* 33, no. 4: 703-724.

ORGANIZACIÓN DE LOS ESTADOS AMERICANOS (OEA)

2013 “Sistema de Información sobre Comercio Exterior (SICE)”, en <[http://www.sice.oas.org/ctyindex/USA/USAAgreements\\_s.asp](http://www.sice.oas.org/ctyindex/USA/USAAgreements_s.asp)>, consultada el 13 de octubre de 2013.

PASTOR, RODOLFO

2011 *Historia mínima de Centroamérica*. México: El Colegio de México.

PEOPLE’S DAILY

2010 “China ‘not a Threat’ in L. America”, *People’s Daily Online*, 19 de agosto, en <<http://english.peopledaily.com.cn/90001/90776/90883/7109092.html>>, consultada el 5 de abril de 2013.

SANTOLI, ALBERT

2005 “China’s Strategic Reach into Latin America”. Washington, D.C.: Hearing before the U.S.-China Economic and Security Review Commission, 21 de julio.

SELSER, GREGORIO

2001 *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina: 1899-1945*. México: UNAM.

SMITH, PETER H.

1996 “The United States, Regional Integration, and the Reshaping of the International Order”, en Shoji Nishijima y Peter H. Smith, eds., *Cooperation or Rivalry? Regional Integration and the Pacific Rim*. Nueva York: Westview Press.

SMITH, TONY

1991 “The Alliance for Progress: The 1960s”, en Abraham F. Lowenthal, ed., *Exporting Democracy: The United States and Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

SPATE, OSKAR H.K.

1979 *The Spanish Lake*. Canberra: ANU Press.

SULLIVAN, MARK P. y M. ÁNGELES VILLARREAL

2001 “Panama-U.S. Relations”, *CRS Issue Brief for Congress*. Washington, D.C.: Congressional Research Service, marzo.

THE DEVELOPMENT GAP

1992 “The Enterprise for the Americas Initiative: Description and Update”. Washington, D. C.: The Development Group for Alternative Policies.

UNITED NATIONS STATISTICS

2013 <[unstats.org](http://unstats.org)>.

WILLIAMSON, JOHN, eds.

1990 *Latin American Adjustment. How Much Has Happened?* Washington, D. C.: Institute for International Economics.